

## CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD de san Máximo el Confesor

### Cuarta centuria

1. El espíritu se asombra primero de la absoluta infinitud de Dios, aquel piélagos infranqueable y tan deseado. Luego se admira de cómo sacó las cosas de la nada y las hizo existir. Pero así como su grandeza no tiene límites, así también su sabiduría es incognoscible.
2. ¿Cómo no se admirará quien contemple este inmenso océano de bondad que excede toda admiración? ¿O cómo no estará fuera de sí quien reflexione sobre cómo y de qué fue hecha la sustancia racional inteligible, y los cuatro elementos de los que están compuestos los cuerpos, puesto que no había materia alguna preexistente de donde fueran sacados? Pero los discípulos de los griegos no admiten esto, pues no conocen la bondad todopoderosa, ni su eficacia, que sobrepasa en sabiduría y en ciencia a todo espíritu.
3. Dios, que podía crear desde toda eternidad, cuando en su infinita bondad quiere crear lo hace por su Verbo consustancial y por el Espíritu. Y no digas: “¿Por qué creó en tal momento, siendo El siempre bueno?”, pues te responderé que la sabiduría de la esencia infinita escapa al conocimiento humano.
4. El Creador, en quien preexistía el conocimiento de las cosas desde toda eternidad, les dio su esencia y las produjo cuando lo quiso. Es absurdo, en efecto, dudar que Dios omnipotente pueda formar una esencia cuando quiera.
5. Busca la razón porque Dios ha creado: esto es objeto de conocimiento. Pero no quieras saber cómo y por qué ha creado en el tiempo, pues esto está fuera del alcance de tu mente. Hay, en efecto, cosas divinas que son comprensibles para los hombres, y otras que no lo son. La contemplación no controlada —ha dicho un santo— puede llevar rápidamente al abismo.
6. Algunos dicen que las creaturas coexisten eternamente con Dios. Pero esto es imposible. ¿Cómo podría ser que seres que son limitados desde todo punto de vista, pudieran coexistir desde toda eternidad, con el Infinito, o las puras creaturas, ser coeternas con el Creador? Esta doctrina es de los griegos, que afirman que Dios no ha creado las esencias de las cosas sino sólo sus cualidades. Pero nosotros, que sabemos que Dios es omnipotente, decimos que ha creado no sólo las cualidades sino también las esencias. Y si es así, las cosas creadas no coexisten eternamente con Dios.
7. Dios, y todo lo divino, es cognoscible en parte, y en parte es incognoscible. Cognoscible por la contemplación de sus atributos, e incognoscible en sí

mismo.

8. No trates de hallar en la esencia simple e infinita de la Santísima Trinidad modos o propiedades, no sea que creas que es compuesta como las creaturas, lo cual sería pensar de Dios algo absurdo y sacrílego.
9. La esencia infinita y omnipotente que hizo todas las cosas, es la única simple, uniforme, sin cualidades, pacífica y estable. Las creaturas, en cambio, todas compuestas de sustancia y accidentes, no están libres de mutaciones, y dependen siempre de la Providencia divina.
10. La naturaleza espiritual y la sensible han recibido de Dios la virtud de percibir los seres: la naturaleza intelectual, las intelecciones, y la sensible, las sensaciones.
11. Dios es solamente participado. La creatura participa y comunica a su vez: participa del ser y del bien, y comunica el bien solamente. Pero esto lo hace de un modo la naturaleza sensible, y de otro modo la incorpórea.
12. La naturaleza espiritual comunica su bondad hablando, actuando o siendo contemplada. La naturaleza corporal solamente siendo contemplada.
13. Depende de la voluntad del que hizo todas las cosas buenas, el que la naturaleza racional y espiritual sea siempre o no lo sea; pero depende de la voluntad de las creaturas el que sean buenas o malas.
14. El mal no se halla en la esencia de las creaturas sino en su actuar falso y errado.
15. El alma se mueve de acuerdo a la razón cuando la parte concupiscible está comandada por la temperancia; cuando la parte irascible, apartándose del odio, se establece en la caridad; cuando la parte razonable permanece junto a Dios por la oración y la contemplación espiritual.
16. No tiene todavía caridad perfecta ni conocimiento profundo de la Providencia divina quien, en el tiempo de la tentación, no soporta con grandeza de alma los males que le sobrevienen, y se aparta él mismo del amor de sus hermanos espirituales.
17. El designio de la Providencia divina es el de unir en la recta fe y en el amor espiritual a los que están divididos de muchos modos por sus maldades. Por esta razón padeció el Salvador: para "congregar en la unidad a los hijos que estaban dispersos" (Jn 11,52). Por eso, quien no sufre las incomodidades, ni soporta las tristezas, ni lleva las penas con paciencia, se aparta de la caridad divina y de las intenciones de la Providencia.
18. "La caridad es sufrida, es benigna" (1 Co 13,4). Luego el que tiene poco ánimo para sobrellevar las amargas que padece, y se muestra malo para con los responsables de ellas, y se aparta de la caridad para con ellos ¿acaso no se aparta de las intenciones de la divina Providencia?

19. Vigílate a ti mismo, no sea que el mal que te separa de tu hermano se descubra, no en tu hermano, sino en ti. Apresúrate para reconciliarte con él, para no apartarte del precepto de la caridad.
20. No desprecies el precepto de la caridad, porque él hará de ti un hijo de Dios. Pero si tú lo violas serás hijo de la gehena.
21. Estas cosas apartan del amor de los amigos: envidiar o ser envidiado, causar un daño o sufrirlo, ofender o ser ofendido, como también los pensamientos de sospechas. Ojalá no hagas nada ni padezcas nada que te aparte del amor de tu amigo.
22. Si padeces una prueba causada por tu hermano, y la amargura te lleva al odio, procura que el odio no te venza, y vence tú al odio con la caridad. Lo vencerás de este modo: orando sinceramente por él, aceptando sus excusas o cuidando tú mismo de excusarlo, asumiendo en ti la responsabilidad de la prueba, y llevando todo con grandeza de alma, hasta que pase la nube.
23. Tiene grandeza de alma quien espera el fin de la prueba y alcanza la gloria de la constancia.
24. "Varón con grandeza de alma es de gran inteligencia" (Pr 14,29). Pues en todo lo que le sucede, mira el fin, y esperando este fin, soporta los sufrimientos. "El fin es la vida eterna" (Rm 6,22), según dice el divino Apóstol; "la vida eterna es esto: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y al que tú enviaste, Jesucristo" (Jn 17,3).
25. No tomes a la ligera la pérdida del amor espiritual, porque no hay otro camino de salvación para los hombres.
26. A tu hermano, que ayer lo considerabas espiritual y virtuoso, no lo juzgues hoy malo y perverso porque una calumnia del maligno lo haya vuelto odioso para ti. Con paciente caridad arroja de tu alma el odio de hoy con los buenos pensamientos de ayer.
27. No vituperes hoy como malo y perverso al que ayer alababas como bueno y virtuoso, cambiando tu afecto en odio. Ni justifiques tu odio acusando a tu hermano. Persevera, más bien, alabándolo, aunque la amargura te acongoje, y volverás pronto a la caridad saludable.
28. No manches la buena fama de tu hermano en la asamblea de otros hermanos deslizando en la conversación un vituperio contra él, porque le guardas en tu interior un rencor secreto. Por el contrario, alábalo abiertamente en la asamblea, ora sinceramente por él como por ti mismo, y pronto te librarás de este odio funesto.
29. No digas que no odias a tu hermano si tu memoria rechaza su recuerdo. Escucha lo que dice Moisés: "No odies a tu hermano en tu corazón, pero corrige a tu prójimo para que no te manches de pecado por su causa" (Lv 19, 17).
30. Si sucede que un hermano tentado habla insistentemente mal de ti, no te de-

jes arrancar del estado de caridad por este mismo demonio malo que te turba la mente. Y nunca te arrancará si, cuando eres injuriado, bendices, y cuando eres atacado, te muestras bondadoso. Este es el camino de la sabiduría de Cristo; quien no lo sigue nunca gozará de su compañía.

31. No consideres buenos los pensamientos que te llevan a la tristeza o te causan aversión por tu hermano, aunque sean verdaderos. Evítalos como a serpientes mortales. Así apartarás a los otros de la maledicencia, y librarás tu alma de la maldad.
32. No hieras a tu hermano con palabras ambiguas, no sea que te responda de igual modo y que ambos se aparten del estado de caridad. Más bien ve y repréndelo con confiada caridad, y al suprimir las causas del malestar, seréis librados ambos de la turbación y de la amargura.
33. Examina tu conciencia con todo cuidado, no sea que si tu hermano no se reconcilia, sea por tu culpa. Y no trates de engañar tu conciencia pues ella conoce lo que ocultas, y te acusará en la hora de la muerte, y en el tiempo de la oración será un obstáculo para ti.
34. No traigas a la memoria en tiempo de paz lo que pudo haber dicho tu hermano en tiempo de amargura, ya sea que te haya dicho algo desagradable en tu cara, o que lo haya dicho a otro y luego tú lo hayas sabido. Si aceptas pensamientos de rencor corres el riesgo de caer en el funesto odio contra tu hermano.
35. Un alma racional que alimenta odio contra un hombre, no puede estar en paz con Dios, que es quien estableció los mandamientos. Dice éste efectivamente: "Si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre celestial perdonará vuestras ofensas" (Mt 6,14). Y si tu prójimo no quiere hacer la paz, tú guárdate de odiarlo, y ora sinceramente por él, y no hables a nadie mal de él.
36. La indecible paz de los ángeles consiste en estas dos disposiciones: amor a Dios, y amor mutuo. Lo mismo que la de todos los santos que hubieron a lo largo de los siglos. Espléndidamente expresó esto nuestro Salvador: "En estos dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas" (Mt 22,40).
37. No te complazcas en ti mismo, y no odiarás a tu hermano. Deja de amarte a ti y amarás a Dios.
38. Si has decidido vivir con hombres espirituales, renuncia de entrada a tus voluntades, de lo contrario no podrás tener paz ni con Dios, ni con tus compañeros.
39. El que ha llegado a la caridad perfecta y ha puesto en orden toda su vida, ese tal manifiesta al Señor Jesús por el Espíritu Santo. En el caso opuesto, es claro que sucede lo contrario.
40. Al amor de Dios le place siempre darle alas al espíritu para que busque la intimidad divina. El amor del prójimo hace pensar siempre bien de él.
41. Es propio de aquel que todavía ama la vanagloria o que está apegado a algu-

na de las cosas materiales, disgustarse con los hombres por causa de bienes temporales, guardarles rencor y odiarlos, y ser esclavo de pensamientos vergonzosos. En cambio, el alma que ama a Dios es ajena a todo esto.

42. Cuando no haya en tu interior ni palabra ni acto vergonzoso, cuando no guardes rencor contra el que te ha hecho mal o ha hablado mal de ti, cuando en el tiempo de la oración mantengas tu espíritu inmaterial y sin formas, sabe entonces, que has alcanzado la medida de la paz interior y de la perfecta caridad.
43. No es pequeño el combate que debes presentar para librarte de la vanagloria. Uno se libra de ella por la práctica secreta de las virtudes y por una oración más frecuente. Señal es de esta libertad, el no guardar nada de rencor contra el que ha hablado mal de ti.
44. Si quieres ser justo, dale lo que le corresponde a cada una de las partes de las que estás compuesto, es decir, a tu cuerpo y a tu alma. A la parte racional del alma dale lecturas y contemplación espiritual; a la parte irascible, el amor espiritual que se opone al odio; a la concupiscible, moderación y temperancia; a la carne, en cambio, solamente el alimento y el vestido indispensables.
45. El espíritu obra de acuerdo a la naturaleza cuando tiene sujetas las pasiones, contempla las razones de los seres, y permanece junto a Dios.
46. Lo que es la salud y la enfermedad para un cuerpo viviente, lo es la luz y la oscuridad para el ojo. Así sucede con la virtud y el vicio respecto del alma, y la sabiduría y la ignorancia respecto del espíritu.
47. Sobre estas tres cosas el cristiano filosofa: sobre los mandamientos, sobre la doctrina y sobre la fe. Los mandamientos apartan al espíritu de las pasiones, la doctrina lo conduce al conocimiento de los seres, y la fe a la contemplación de la Santa Trinidad.
48. Entre los que luchan, algunos sólo rechazan los pensamientos cargados de pasión, y otros cortan con las pasiones mismas. Los pensamientos cargados de pasión se rechazan con la salmodia, la oración, la elevación del alma o con alguna distracción apropiada. Se cortan las pasiones despreciando aquellos objetos hacia los cuales ellas inclinan.
49. Los objetos que mueven las pasiones son tales como la mujer, las riquezas, los regalos, etc. Se es capaz de dejar de lado la mujer cuando uno se retira a la soledad y mortifica a su cuerpo debidamente con la continencia; a las riquezas, cuando uno se resuelve interiormente a limitarse en todo a lo necesario; a la gloria, cuando uno ama practicar la virtud en secreto, sólo a los ojos de Dios, lo mismo que otras cosas. El que deja estas cosas de lado, nunca odiará a nadie.
50. El que renuncia a objetos tales como la mujer, las riquezas, etc., se ha hecho monje en cuanto al hombre exterior, pero no todavía al interior. El que renuncia a las representaciones cargadas de pasión de estos objetos, se hizo monje en cuanto al hombre interior, esto es, en el espíritu. En cuanto al hombre exterior, es fácil ser monje, basta quererlo. Pe-

- ro para ser monje en cuanto al hombre interior hace falta una lucha no pequeña.
51. ¿Quién es, pues, en esta generación, aquel que está completamente libre de representaciones cargadas de pasión, y fue digno de alcanzar la oración pura e inmaterial, signo del monje interior?
  52. En nuestra alma se esconden muchas pasiones: cuando sus objetos aparecen ellas se descubren.
  53. Se puede alcanzar cierta paz interior cuando no se es molestado por las pasiones a causa de la ausencia de los objetos que las despiertan. Pero si aparecen estos, inmediatamente las pasiones tironean al espíritu.
  54. No creas que tienes una perfecta paz interior mientras el objeto no esté presente. Si aparece, y tú permaneces inmóvil frente a él, y luego frente a su recuerdo, sabe entonces, que ya has alcanzado su frontera. Pero no por eso dejes de estar atento, porque la virtud, si se mantiene, extingue las pasiones, pero si se descuida, las despierta de nuevo.
  55. Quien ama a Cristo lo imita en todo, y todo lo que puede. Ahora bien, Cristo no cesó de hacer bien a los hombres: tratado con ingratitud y blasfemado, mantuvo su grandeza de alma; golpeado y llevado a la muerte, tuvo paciencia; y no pensó jamás mal de nadie. Estas son las tres actitudes de la caridad para con el prójimo, sin las cuales, quien pretende amar a Cristo o alcanzar el Reino se engaña a sí mismo, pues dice el Señor: "No el que me dice: 'Señor, Señor' entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre" (Mt 7,21). Y también: "El que me ama, guarda mis mandamientos" (Mt 14,15).
  56. Todo el fin de los mandamientos del Salvador es librar al espíritu del desorden y del odio, y llevarlo al amor hacia El y hacia el prójimo, de donde brota como un resplandor, el acto del santo conocimiento.
  57. Si has recibido de Dios alguna gracia de conocimiento, no descuides la caridad y la temperancia. Ellas son, en efecto, las que purifican la parte pasional del alma, y te preparan siempre el camino del conocimiento.
  58. El camino del conocimiento es la paz interior y la humildad. Sin ellas nadie verá a Dios.
  59. Puesto que la ciencia infla y la caridad edifica, une el conocimiento a la caridad, y no te ensoberbecerás. Como un constructor espiritual te edificarás a ti mismo y a todos los que se acerquen a ti.
  60. La caridad edifica porque no envidia ni se exaspera contra los envidiosos. No se pavonea de lo que le envidian, ni se cree que ya lo ha alcanzado, sino que confiesa sin rubor la ignorancia de lo que no sabe. Así limpia su espíritu del orgullo y lo prepara para progresar sin cesar en el conocimiento.
  61. Es como natural, sobre todo en los comienzos, que la presunción y la envidia

acompañen al conocimiento. La presunción solamente interior, pero la envidia tanto interior como exterior (envidia interior de los que poseen el conocimiento, y envidia exterior que impulsa a apartarse de ellos). La caridad suprime estas tres cosas: la presunción, puesto que aquella no se infla; la envidia interior, porque no tiene celos; y la exterior, porque es magnánima y servicial. Es necesario, pues, que el que posee el conocimiento posea también la caridad para que pueda guardar siempre su espíritu ileso.

62. El que mereció la gracia del conocimiento, y conserva amargura o rencor contra alguien, o lo odia, es como si se hiriera los ojos con espinas y cardos. Por eso el conocimiento necesita de la caridad.
63. No ocupes todo tu tiempo libre en esforzarte por dominar la carne sino límitate en proporción a tus fuerzas, y vuelca todo tu espíritu hacia el interior. Pues "el ejercicio corporal es poco provechoso, pero la piedad para todo es provechosa", etc. (1 Tm 4,8).
64. El que se ocupa sin cesar de las cosas interiores es sobrio, magnánimo, benigno y humilde. Y no sólo esto, sino que practica la contemplación, la teología y la oración. Esto es lo que dice el Apóstol: "Caminad según el espíritu", etc. (Ga 5,16).
65. El que no sabe caminar por las vías espirituales, en lugar de cuidarse de las representaciones cargadas de pasión, concentra su esfuerzo sobre la carne. Obrando así, o cede a la gula, a la lujuria, a la ira o al rencor, y así oscurece el espíritu, o bien exagera la ascesis y turba su pensamiento.
66. La Escritura no prohíbe nada de lo que Dios ha puesto a nuestro uso, sino que solamente reprime los excesos y corrige lo que está fuera de razón. Así, no prohíbe comer, tener hijos, tener riquezas y administrarlas bien, sino que prohíbe la gula, la lujuria, etc. Igualmente, no prohíbe pensar en estas cosas (han sido hechas para esto), sino pensar en ellas con pasión.
67. De las cosas que hacemos para agradar a Dios, algunas son de precepto, otras no son de precepto sino, se podría decir, son como ofrendas voluntarias. Son de precepto: amar a Dios y al prójimo, amar a los enemigos, no cometer adulterio, no matar, etc. Si no cumplimos esto, nos condenamos. No son de precepto la virginidad, el celibato, la pobreza, la soledad, etc. Estos son como regalos, de modo que si no podemos practicar rectamente algunos mandamientos a causa de nuestra debilidad, por medio de estos regalos alcanzamos la indulgencia de nuestro buen Maestro.
68. El que guarda el celibato o la virginidad tiene que tener necesariamente ceñida la cintura y encendida la lámpara: la cintura por la mortificación, y la lámpara por la oración, la contemplación y la caridad espiritual.
69. Algunos hermanos piensan que están excluidos de las gracias del Espíritu Santo. Ignoran, en efecto, a causa de su negligencia en practicar los mandamientos, que el que tiene una fe sincera en Cristo, tiene en El todas las gracias divinas juntas. Pero sucede que nos creemos excluidos de los dones divinos por-

que nos hemos apartado de una caridad activa hacia El, que nos muestre los tesoros divinos que están en nosotros.

70. Si "Cristo habita por la fe en nuestros corazones" (Ef 3,17), como dice el divino Apóstol, y "todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están escondidos en El" (Col 2,3), en consecuencia, todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están escondidos en nuestros corazones. Ellos se revelan al corazón en proporción a la pureza de cada uno en guardar los mandamientos.
71. Este es el tesoro escondido en el campo de tu corazón que tú todavía no encontraste a causa de tu pereza. Si lo hubieras hallado, hubieras vendido todo y hubieras comprado el campo. Pero ahora tú has abandonado el campo y buscas por sus alrededores, y allí no encontrarás nada más que espinas y cardos.
72. Por esto dice el Salvador: "Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios" (Mt 5,8). Recién lo verán a El, y a los tesoros, cuando se purifiquen por la caridad y la temperancia. Y tanto mejor verán cuanto más intensa sea su pureza.
73. Por esto dice también: "Vended lo que poseéis y dadlo en limosna, y todo será limpio para vosotros" (Lc 12,33 y 11,41), refiriéndose a los que se preocupan, no de las cosas del cuerpo, sino de purificar el espíritu, al que el Señor llama 'corazón'. Pues lo que ensucia el espíritu impide ver a Cristo habitando en él por la gracia del bautismo.
74. La Escritura llama 'camino' a las virtudes. La mayor de todas las virtudes es la caridad. Por eso dice el Apóstol: "Os muestro un camino sobre toda ponderación" (1 Co 12,32), como para enseñar a despreciar las cosas terrenales y no anteponer nada temporal a lo eterno.
75. El amor a Dios se opone a la concupiscencia, y enseña al espíritu a abstenerse de los placeres. El amor al prójimo se opone a la ira, y hace despreciar la gloria y las riquezas. Estos son los dos denarios que dio el Salvador al hospedero para que te cuide. Pero procura no ser ingrato juntándote con los ladrones, no sea que te asalten de nuevo y te dejen, no medio muerto, sino muerto del todo.
76. Purifica tu espíritu de la ira, del rencor y de los pensamientos vergonzosos, y entonces podrás conocer en ti la presencia de Cristo.
77. ¿Quién te ha iluminado para que creas en la santa, consustancial y adorable Trinidad? ¿Quién te ha dado a conocer la economía de la encarnación de una de las Personas de la santa Trinidad? ¿Quién te ha instruido acerca de los seres espirituales, de los orígenes y del fin del mundo visible, de la resurrección de los muertos, de la vida eterna, de la gloria del Reino de los Cielos y del juicio temible? ¿Quién, sino la gracia de Cristo que habita en ti y que es prenda del Espíritu Santo? ¿Qué es más grande que esta gracia? ¿Qué es más excelente que esta sabiduría y conocimiento? ¿Qué más sublime que estas promesas? Pero si permanecemos inertes y perezosos y no nos desembarazamos

de los impedimentos, esto es, de las pasiones que ciegan al espíritu y le impiden ver, más brillantes que el sol, estas realidades, nosotros somos los responsables. No neguemos, entonces la presencia de la gracia en nosotros.

78. Dios, que te ha prometido los bienes eternos, y que ha puesto en tu corazón la prenda del Espíritu Santo, te ha mandado velar sobre tu vida, para que el hombre interior, librado de las pasiones, comience ya a disfrutar de estos bienes.
79. Si has sido digno de contemplar las más altas y divinas realidades, practica con gran cuidado la caridad y la temperancia para que, teniendo en calma las pasiones, mantengas siempre encendida la luz de tu alma.
80. Refrena la parte irascible de tu alma con la caridad; mortifica la concupiscente con la temperancia; eleva la parte racional con la oración, y la luz de tu espíritu no se oscurecerá jamás.
81. Estas son las cosas que destruyen la caridad: la detracción, el daño, la calumnia, ya sea en materia de fe o de costumbres, los golpes, las heridas, etc., ya sea infligidos directamente a una persona, o a sus parientes o amigos. Aquel que destruye la caridad por alguno de estos actos, todavía ignora el fin de los mandamientos de Cristo.
82. Esfuérzate todo lo que puedas para amar a todos los hombres. Si todavía no eres capaz, por lo menos no odies a nadie. Pero ni de esto serás capaz si no desprecias las cosas del mundo.
83. Si alguien te ha calumniado, no lo odies a éste sino a la calumnia y al demonio que impulsó a calumniar. Si odias al calumniador, odias a un hombre, y has violado al mandato. Lo que aquel hizo de palabra, tú lo haces con obras. Si guardas el mandato, cumples con la caridad. Esfuérzate, pues, cuanto puedas para librarlo del mal.
84. Cristo quiere que tú no odies a nadie y que no guardes nada de amargura, ira o rencor por algo temporal. Esto es lo que claman los cuatro Evangelios.
85. Muchos somos los que hablamos y pocos los que obramos. Por lo menos que nadie falsifique, por su propia negligencia, la palabra de Dios, sino que reconozca su propia flaqueza y no oculte la verdad de Dios. De lo contrario se nos acusará, no sólo de transgredir los mandamientos, sino de haber interpretado con ligereza la palabra de Dios.
86. La caridad y la temperancia liberan al alma de las pasiones. La lectura y la contemplación apartan al espíritu de la ignorancia. Y la oración lo establece en Dios mismo.
87. Cuando los demonios ven que despreciamos las cosas del mundo para no odiar, por motivo de ellas, a los hombres y perder la caridad, entonces provocan calumnias contra nosotros para que, no soportando la amargura, odiamos a los calumniadores.

88. No hay pena más pesada para el alma que la de soportar una calumnia, ya sea en materia de fe o de costumbres. Nadie puede despreciarla sino sólo mirando a Dios, como lo hizo Susana. El es el único que puede librar del peligro, como la libró a ella, y descubrir a los hombres la verdad, como lo hizo con ella, y consolar al alma con la esperanza.
89. En la medida que ores con tu alma por los que te calumnian, Dios descubrirá la verdad a los que se escandalizaron.
90. Sólo Dios es bueno por su naturaleza. Aquel que imita a Dios es solamente bueno por su voluntad. Este tal trata de unir a los malos con Aquel que es bueno por naturaleza, haciéndolos buenos a aquellos. Por eso bendice a los que lo insultan, soporta a los que lo persiguen, intercede por los que lo calumnian, ora instantemente por los que lo matan. Hace todo para no apartarse del fin de la caridad.
91. Los mandamientos del Señor nos enseñan a usar convenientemente las cosas indiferentes. El uso conveniente de las cosas indiferentes afianza la pureza del alma. El estado de pureza produce el discernimiento. El discernimiento produce la paz interior. Y de ésta nace la perfecta caridad.
92. Todavía no ha alcanzado la paz interior aquel que, cuando llega la tentación, no puede cerrar los ojos sobre la falta de su amigo, ya sea ésta verdadera o aparente. En efecto, las pasiones que tiene encerradas en el alma lo agitan, le ciegan el entendimiento, y no permiten que se vuelva hacia el fulgor de la verdad y discierna entre lo mejor y lo peor. Una persona así no posee la caridad perfecta, la que excluye todo temor del juicio.
93. "Nada vale más que un amigo fiel" (Eclo 4,15), pues él mira las desgracias del amigo como tuyas propias, y las sobrelleva sufriendo con él hasta la muerte.
94. Muchos son los amigos durante el tiempo de la prosperidad. Pero en el tiempo de la prueba, apenas si encontrarás uno solo.
95. Hay que amar a todos los hombres con toda el alma, pero la esperanza hay que ponerla sólo en Dios, y servirlo a El con todas las fuerzas. Cuando El nos guarda, todos los amigos nos rodean de atenciones, y ningún enemigo puede nada contra nosotros. Pero cuando nos deja, todos los amigos nos dan la espalda, y todos los enemigos se enardecen contra nosotros.
96. Cuatro son las principales clases de derelicción. La primera, que forma parte de la economía divina, es como la que sufrió el Señor. Esta derelicción aparente tiene por objeto la salvación de los que la padecen. La segunda es una prueba, como la de Job o de José, para mostrar en el primero su valor, y en el segundo, que era como una columna de castidad. La tercera mira la formación espiritual, como la que sufrió el Apóstol, para que humildemente conservara la grandeza de su gracia. La cuarta tiene por fin la corrección, como la de los judíos, para que éstos se doblegaran al arrepentimiento al ser castigados. Las cuatro clases son saludables, fruto de la bondad divina y de su amor por los hombres.

97. Solo los que guardan cuidadosamente los mandamientos, los verdaderos iniciados a los juicios divinos, no abandonan a sus amigos cuando éstos son tentados por permiso de Dios. Pero los que desprecian los mandamientos, los no iniciados a los juicios divinos, gozan con el amigo en el tiempo de prosperidad, pero cuando éste padece en el tiempo de la prueba, lo abandonan, e incluso se pasan a veces al lado del adversario.
98. Los amigos de Cristo aman sinceramente a todos los hombres, aunque no sean amados por todos. Los amigos del mundo no aman a todos, ni son amados por todos. Pero los amigos de Cristo guardan hasta el fin el vínculo del amor. Los del mundo, en cambio, sólo mientras no discrepen entre sí por cosas del mundo.
99. "Amigo fiel, protección segura" (Eclo 6,14). En el tiempo de prosperidad es un buen consejero y una ayuda inseparable. En la desgracia es un defensor sincerísimo y un protector compasivo.
100. Muchos han hablado abundantemente de la caridad, pero si la buscas, sólo la hallarás en los discípulos de Cristo, pues sólo éstos tienen por maestro de caridad a la verdadera Caridad, de la que se ha dicho: "Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia y no tuviera caridad, de nada me aprovecha" (1 Co 13,2). Así, pues, quien posee la caridad, posee al mismo Dios, porque "Dios es caridad" (1 Jn 4,46).  
A El la gloria por los siglos. Amén.

*Traducción de Pablo Sáenz, o.s.b*  
*Monasterio de San Benito - Luján (B)*

En la medida en que uno se ocupa de su alma, y se aplica a curar sus enfermedades y a adquirir la salud espiritual, el alma se eleva gracias a la excelencia de las realidades invisibles. Porque los hombres no quieren hacer eso, será la gracia de Dios quien lo realice en el mundo nuevo.

JUAN DE APAMEA — Diál. 2